



URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad

ISSN: 1390-3691

ISSN: 1390-4299

revistaurvio@flacso.edu.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Ecuador

Gajate Bajo, María

Reflexiones sobre la guerra asimétrica a través de la historia

URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de
Seguridad, núm. 24, 2019, Junio-Noviembre, pp. 204-220

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Ecuador

DOI: <https://doi.org/dx.doi.org/10.17141/urvio.24.2019.3522>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=552659307012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica Redalyc

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto



Estudios Globales

Reflexiones sobre la guerra asimétrica a través de la historia

Considerations about Asymmetric War through History

Reflexões sobre guerra assimétrica ao longo da história

María Gajate Bajo¹

Fecha de envío: 18 de agosto de 2018

Fecha de aceptación: 5 de enero de 2019

Resumen

La guerra asimétrica se ha convertido en una expresión con buena acogida y gran popularidad para referirse a las "nuevas" guerras del siglo XXI. Sin embargo, su definición plantea algunas controversias. Por un lado, no es fácil caracterizarla, pues en la guerra asimétrica se conjugan medios irregulares de lucha y también, con limitaciones, algunos instrumentos convencionales. Por otro lado, tampoco es sencillo detallar su presunto carácter novedoso, desde un enfoque histórico. El presente artículo aborda ambas cuestiones con el objetivo de revisar las principales aportaciones hasta la fecha e intentar delinear algunos rasgos distintivos de esta modalidad de conflicto.

Palabras clave: contrainsurgencia; guerra asimétrica; guerras de cuarta generación; guerrilla; terrorismo

Abstract

Asymmetric war has turned into an expression with good reception and great popularity to refer to the "new" wars of the 21st century. However, its definition presents some controversy. On one hand, its characterization is not easy because asymmetric war combines irregular tolls of fight and also, with restrictions, conventional ones. On the other hand, from a historical approach it is also difficult to detail what its alleged original character consists of. This article will address both subjects in order to review the main contributions made until now and to feature some distinctive characters of this kind of conflict.

Keywords: asymmetric warfare; counterinsurgency; fourth wave wars; guerrilla; terrorism

Resumo

A guerra assimétrica se tornou uma expressão com boa recepção, capaz de adquirir grande popularidade para se referir às "novas" guerras do século XXI. No entanto, sua definição gera algumas controvérsias. Por um lado, não é fácil caracterizá-lo, porque na guerra assimétrica existem meios irregulares de luta e também, com limitações, alguns instrumentos convencionais. Por outro lado, não é fácil detalhar seu caráter novelístico presumido de uma perspectiva histórica. Ambas questões serão abordadas neste artigo, a fim de rever as principais contribuições a data e tentar avançar algumas características distintivas deste tipo de conflito.

Palavras chave: contrainsurgência; guerra assimétrica; guerras da quarta geração; guerrilha; terrorismo

¹ Universidad de Salamanca, España, mariagajate@usal.es,  orcid.org/0000-0003-2459-3712



Introducción

La guerra existe desde los inicios de la humanidad, aunque no siempre resulte sencillo rastrear sus huellas. En las culturas mesopotámica, china y egipcia resultan habituales las alusiones –escritas y pictóricas– al fenómeno bélico, así que no sorprende que su estudio haya constituido un objeto de gran atención para muchos curiosos, militares y/o académicos.

De un tiempo a esta parte, la Historia Militar goza, incluso, de bastante popularidad. Muestra de ello es la proliferación de cursos universitarios de especialización y de máster en la materia. Abundan también las publicaciones dedicadas al examen de la guerra, algunas con reconocido prestigio internacional, y las asociaciones que promueven su divulgación (Kühne y Ziemann 2007; Viñas y Puell de la Villa 2014). Particularmente viscosa, por su carácter clandestino, es la modalidad de enfrentamiento a la que nos referiremos aquí: la lucha asimétrica, muy ligada tanto al debate sobre las recientes transformaciones de la guerra como al “nuevo” estilo de combate ruso (recuérdese, por ejemplo, el episodio protagonizado en Crimea, en 2014) y al empleado por el Estado Islámico. Cuando el enemigo es esquivo, tanto que apenas se le ve, ¿no es acaso comprensible preguntarse si nos hallamos, de verdad, ante una situación de conflicto? Se discute mucho la utilidad de esta expresión en boga, tal como ya ocurrió con la “guerra total” (Imlay 2010; Mulligan 2008). De plena actualidad, el estudio de la guerra asimétrica encuadra de manera perfecta entre los intereses de la Nueva Historia Militar, siempre atenta a las cuestiones epistemológicas, de método y enriquecida con las aportaciones de la Ciencia Política, la Sociología y los estudios estratégicos.

Su trascendencia en nuestros días se explica, en gran medida, por una razón que no se le escapa a nadie: se ha roto con el viejo paradigma de que Occidente marca las pautas en el arte de la guerra.

La guerra en el siglo XXI es testigo de la multiplicación de fenómenos de guerra asimétrica entre combatientes de poder militar desigual. Esto se ejemplifica con la guerra mujahideen contra la ocupación soviética de Afganistán, la guerra que las FARC están librando contra el gobierno en Colombia y la insurgencia de Hezbolá contra Israel (Irani 2007. Traducción propia).²

Incluso hay quien sostiene, con exageración, que el 11 de septiembre de 2001 surgió una nueva manera de concebir lo bélico, en la que el contendiente débil recurre al terrorismo como una táctica más de combate, que rebasa lo militar. Se trataría, ante todo, de una cuestión de maniobra, ya que, a pesar de que la potencia terrorista de fuego es limitada, el dónde y el cómo aplicarla les puede otorgar a sus practicantes una gran ventaja táctica.

En la opinión de Verstrynge y Sánchez Medero, después de la voladura de las Torres Gemelas se ha generalizado la idea de que la civilización occidental está amenazada.

Estados Unidos se mantiene a duras penas como gendarme mundial, mientras que se multiplican los “microconflictos” teatrales. Desde esta óptica, la guerra asimétrica representaría un paso más en la marcha hacia la otra total: conflictos como el segundo desa-

2 Se ofrece a continuación la cita original de Irani: “War in the 21st century is witnessing more and more of phenomenon of asymmetric warfare between combatants of unequal military power. This is exemplified by the mujahideen war against the Soviet occupation of Afghanistan, the war FARC is waging against the government in Colombia, and Hezbolá’s insurgency against Israel”.

tado en el Golfo han servido para entronizar la guerra preventiva, desestabilizar a Oriente Medio y contribuir a la “fascistización” de Occidente (Verstrynge y Sánchez Medero 2005, 194). Viñas (2016, 35-54), en cambio, previene sobre el riesgo de confundir la acción antiterrorista en Occidente con la lucha contrainsurgente en Siria o Irak.

Como premisa o punto de arranque, la expresión “guerra asimétrica” refiere a una diferencia de poderío y no tanto a una cuestión de reglas. Ahora bien, de manera inevitable, la búsqueda de la victoria implicará la práctica de una lucha no convencional o alternativa, con el fin de explotar las vulnerabilidades, de toda índole, del adversario.

Sobre generaciones, olas y otros conceptos

Después de la caída del Muro de Berlín, con la subsiguiente confirmación del poder omnímodo de los Estados Unidos, se empezó a teorizar sobre una nueva tipología de conflictos. Se evidenció, entonces, la imposibilidad de plantar cara al coloso con métodos clásicos: la astucia extrema debía contrarrestar la fuerza extrema. En 1989, el coronel William Lind bautizó a las nuevas conflagraciones como guerras de cuarta generación. En su opinión, los ejes que desencadenaban un cambio generacional en los modos de hacer la guerra siempre habían sido dos: las ideas y la tecnología.

La cuarta [generación] pretende derrumbar al enemigo internamente en lugar de destruirlo físicamente [...] La guerra de la cuarta generación se libra en un espacio aparentemente difuso y en gran parte inde-

finido. La distinción entre guerra y paz será borrosa (Lind 1989, 23).³

Reconociendo que no son excluyentes, en las guerras de primera generación (1648-1914), posteriores a la Paz de Westfalia, el protagonismo durante el enfrentamiento recaía en ejércitos regulares, no de mercenarios. Imperaba el orden en su actuación; sin embargo, ya en los combates de segunda generación (1914-1940), el campo de batalla devino algo más caótico; la relevancia de la infantería fue sustituida por el fuego masivo de la artillería. Los conflictos de tercera generación (1935/1940-hoy), en cambio, se fundamentan en la velocidad —el *Blitzkrieg*, la importancia de la aviación— y en el colapso de la retaguardia. Se rompe con la cultura militar tradicional del orden en el frente. Por último, en las luchas de cuarta generación, la mutación más trascendental sería que el Estado pierde el monopolio en el ejercicio de la guerra. Aparecen, así, nuevos actores, tales como medios de comunicación, Organizaciones No Gubernamentales (ONG), grupos religiosos... Vencer en el ámbito táctico y físico no implica, de modo automático, un triunfo estratégico o mental.

En síntesis, son cuatro estadios identificables con cuatro conquistas: capacidad de movilización de los ejércitos, poder masivo de fuego, libertad de maniobras y dominio de tácticas sorpresivas. Ante el gigante americano, la escasez de medios de cualquier potencial enemigo obliga al desarrollo de conductas muy pragmáticas. La primera, y quizás también la fundamental, es la pretensión casi obsesiva de minar su moral de combate, a sabiendas de que

³ Se ofrece a continuación la cita original de Lind: “Fourth is a goal of collapsing the enemy internally rather than physically destroying him [...] Fourth generation warfare seems likely to be widely dispersed and largely undefined; the distinction between war and peace will be blurred”.

a las democracias occidentales se las vence por agotamiento. La segunda, la consecución de la invisibilidad, que convierte al teatro de operaciones en un elemento difuso.

Un tercer rasgo definitorio del comportamiento de cualquier hipotético adversario es la reducción al mínimo de las comunicaciones convencionales en tiempo presente: nada de correos electrónicos, mensajes o telefonía móvil. Resultan infinitamente más útiles—difíciles de sabotear— los contactos en persona y en directo. Además, otro recurso comunicativo poderoso son las proclamas en la inmensidad del espacio web, siempre que se eviten las cuentas personales. El cuarto elemento distintivo es el empleo de una organización reticular, en forma de hidra, para no ser descabezados tras la primera embestida. Por este motivo, la inteligencia debe constituir la primera línea defensiva del Estado y el ejército (Macías Fernández 2014, 13-15). En las guerras asimétricas, por lo general identificadas con este cuarto estadio evolutivo, no se detecta equivalencia de poder entre los contendientes.

Ahora bien, guerras como la de Irak contra Kuwait, la de EE.UU. contra Irak, de 1990 a 1991; la invasión israelí al Líbano en 2006 y la lucha de Georgia contra Osetia del Sur, en 2008, casi nunca se incluyen en el saco de la asimetría, por mucho que las fuerzas enfrentadas manifiesten un clarísimo desequilibrio en su capacidad de lucha. Esto ocurre porque el uso de la expresión guerra asimétrica se sitúa en un contexto bien determinado. Para empezar, se excluyen las guerras convencionales entre ejércitos regulares. En todos estos casos, se prefiere la denominación de guerras disimétricas.

Una variante de estas sería la guerra internacionalizada de doble disimetría. La definición más técnica es la que sigue: guerras que inician como conflictos intraestatales, pero

terminan involucrando a otro Estado soberano a favor del contendiente no gubernamental. Se altera de este modo, otra vez, el balance natural de poderes (pensemos en el ejemplo de Kosovo contra Yugoslavia). Tampoco suelen encuadrarse en el término los combates entre milicianos, como los presenciados en Afganistán después de la retirada soviética (1989) y los producidos en el este del Congo durante lustros. En suma, cuando hablamos de guerras asimétricas, pensamos en enfrentamientos entre fuerzas armadas poderosas, ya sean ejércitos nacionales o coaliciones internacionales, y pequeños grupos armados no estatales.

Lind no fue el único en detenerse a explicar las peculiaridades de estas confrontaciones, sino que otros tantos siguieron su estela. Algunos analistas entendieron que nos hallábamos frente a un cambio revolucionario en el devenir militar; otros, se decantaron por la idea de una simple evolución inacabada: guerras de tercera ola o de cuarta época, conflictos híbridos, etc. Muchas han sido las propuestas terminológicas porque el tema, sin duda, despierta curiosidad. Cualquier elemental indagación en internet arroja centenares de resultados.

La idea de las olas apela a transformaciones tecnológicas de carácter revolucionario, capaces de originar gigantescos cambios socioeconómicos (Jensen 1994). Con ellos se modifica la naturaleza de la guerra, se transforman los ejércitos y el modo de entender su trabajo. De acuerdo con este modelo teórico, sería posible distinguir guerras de primera ola, características de las sociedades agrarias (control o conquista de recursos territoriales con ejércitos de constitución enclenque, limitados por las faenas en el campo); guerras de segunda ola, asociadas con el mundo industrializado (ejércitos masivos, armamento estandarizado, oficialidad instruida, estrategia dirigida desde

un Estado Mayor) y guerras de tercera ola, las de la sociedad de la información.

En estas últimas, el control de datos se convierte en una obsesión y la tecnología de alta precisión posibilita reducir la cifra de muertos civiles. Ello, en teoría, porque la Cruz Roja Internacional y la Organización de Naciones Unidas (ONU) aseguran que el promedio de civiles víctimas, en relación con los combatientes, ha aumentado en el último siglo: de un cinco a 15 % en la Primera Guerra Mundial a un 65 % en la Segunda Guerra Mundial. A finales de los años 90, el 75 % de las víctimas de guerra eran civiles (Rodríguez-Villasante y Prieto 1995). En esta fase evolutiva se crea la expectativa de un conflicto limpio porque la opinión pública acostumbra a juzgar como inasumibles los costos en vidas.

Por otro lado, la guerra de tercera ola se ajustaría a principios tales como la negación de datos al enemigo; el empleo de extrema vigilancia al servicio de la toma de decisiones rápidas; una defensa fundamentada en la centralización de estrategias, pero descentralizando su ejecución; y el convencimiento de que se debe explotar al máximo la propia tecnología, de modo que un ejército nunca se preste a efectuar una guerra por debajo de su nivel de desarrollo.

La tesis de las épocas, en contraste, ha tenido un escaso impacto en la comunidad científica. Quizás porque constituye un modelo interpretativo algo reduccionista, limitado a establecer cuatro categorías basadas en la energía (Bunker 1996). Las guerras de primera época son las del mundo clásico, donde el protagonismo recae en la fuerza humana de combate (la falange griega y la legión romana). En un segundo periodo, el medieval, la guerra se fundamentaría en formas animales de energía: la caballería de las monarquías feudales, de los

mongoles, etc. El conflicto de la tercera época, la moderna, se aprovecharía de la energía de las máquinas, primero, en la era del absolutismo y, posteriormente, del motor, desde los tiempos napoleónicos y hasta la práctica de la guerra relámpago. Por último, los conflictos de cuarta época son característicos del emergente mundo postmoderno. De acuerdo con sus teóricos, adoptan dos formas: la guerra de tecnología muy avanzada y la guerra no perteneciente a Occidente, habilidosa mezcla de terrorismo y juego de desgaste.

Entre las últimas incorporaciones a la ya abrumadora terminología militar, figura la expresión “guerra híbrida” o “guerra compuesta”. Se empezó a usar en 2002 para referirse a la primera guerra de Chechenia contra Rusia (1994-1996), si bien el término adquirió más robustez a partir de 2005. La guerra híbrida enfatiza el empleo simultáneo de medios convencionales e irregulares en los conflictos recientes. Sus apologistas remachan que posee, como categoría conceptual, un carácter más inclusivo que la guerra asimétrica, capaz de conjugar alta tecnología, actos terroristas, propaganda y conexiones con el crimen organizado. Sus detractores, en cambio, entienden que es un vocablo ambiguo (Colom Piella 2014).

Los elementos distintivos de la guerra asimétrica

Al margen de la farragosa nomenclatura, existe cierta unanimidad para admitir que la guerra se transforma de manera sustancial y paralela al tránsito de una sociedad industrial a una de la información (Mello 2010). Muchos conflictos se definen ahora por su carácter efec-tista, que puede incluir el empleo de fuerzas militares sin uniformes, niños soldados, armas

biológicas, químicas, nucleares y radiológicas, la ciberguerra y, por descontado, la práctica del contrabando o la vinculación con mafias. El contendiente supuestamente débil busca, ante todo, la derrota psicológica del enemigo. Ello conduce a un cambio profundísimo en la identidad del militar occidental.

De entre todos los elementos mencionados, que ayudan a definir los conflictos asimétricos, la notoriedad adquirida por actores no estatales en el escenario mundial es, quizás, el aspecto que más ríos de tinta ha hecho correr. Un examen a la distribución geográfica y la densidad de las conflagraciones desarrolladas a finales del siglo xx y comienzos del siglo xxi permite concluir que, donde existen Estados fuertes, como en Europa Occidental y EE. UU., la vida se ha desarrollado en paz durante un largo periodo. En contraste, la guerra se ha hecho endémica en las vecindades de los viejos Imperios otomano, ruso y austro-húngaro, los tres desaparecidos tras la Primera Guerra Mundial (Cáucaso, Balcanes y Oriente Medio), así como en zonas dominadas por potencias coloniales europeas, hasta después de la Segunda Guerra Mundial (sudeste asiático y África negra, sin olvidar las secuelas del neocolonialismo en parte de América Latina).

Desde la desaparición de los bloques, se han registrado más de 80 conflictos armados en estas regiones del planeta, lo que confirma que el final de la Guerra Fría no ha significado la ansiada paz mundial. Pese a haberse alcanzado acuerdos sobre desarme, prevención de crisis, etc., la inestabilidad es un rasgo distintivo de nuestro tiempo. Todos los lugares mencionados presentan, además, dos rasgos comunes: la concepción patrimonial del Estado por parte de unas élites corruptas y la yuxtaposición de miseria extrema (hambre, epide-

mias) y riqueza desmesurada, que constituyen un excelente caldo de cultivo para variopintos radicalismos.

Es aquí, en los Estados fallidos, donde emergen esos grupos propensos a guerrear con modos partisanos, frente a compatriotas y contra toda potencia interviniente. Su lucha, en primera instancia, se dirige contra la capacidad de resistencia económica del enemigo. Cuando las pérdidas humanas crecen y los gastos se hacen muy pesados para el ocupante, aumenta también en este la voluntad de llegar a una solución política, o lo que es lo mismo, aparece el deseo de retirar tropas. Los guerrilleros, en tanto no son aniquilados en el terreno militar, siempre ganan en la arena política. En cambio, sus adversarios, si no consiguen una victoria militar decisiva, pierden tanto política como militarmente (Münkler 2005, 38-39). La búsqueda de éxitos rápidos y contundentes, para colmo de males, puede dañar a inocentes, lo que alineará a parte de la población civil con la causa insurgente, complicando más la acción de los ejércitos convencionales.

Además, esta situación supone un desafío para los tradicionales postulados del Derecho Internacional Humanitario. Bajo su amplio articulado subyace la idea de que los contendientes en un conflicto armado no poseen derecho ilimitado para elegir el método de lucha (Arauz Cantón 2013, 73-82). Esta idea se articula, a su vez, mediante tres principios: el de evitar el sufrimiento innecesario, regulado por la Declaración de San Petersburgo de 1868 (se refiere a muertes de no militares y a la destrucción de infraestructura civil); el empleo de métodos que permitan discriminar población civil y objetivos militares (Convenios de Ginebra, 1949); y la prohibición del empleo de métodos irregulares o difusos.

Todo ha quedado reducido a un montón de papel mojado y, así, esta “asimetría de las legitimidades” ha sido instrumentalizada para contraponer la idea de una guerra justa con la de una guerra santa, punto culminante de la “simetría de las asimetrías”. Tortura de rehenes, decapitaciones, ataques a embajadas, el choque de un avión contra un edificio o una escabechina, en una concurrida calle, con un camión... No son solo métodos atípicos, sino difíciles de responder, porque sus efectos son desproporcionados (con todas las implicaciones morales que conlleva concluir qué es proporcionado en una guerra). Dinamitan, lo reiteramos, la voluntad política y de combate del enemigo más fuerte. Enfrentarse a un adversario difuso, camuflado entre civiles, sin campo de batalla definido y durante un tiempo muy impreciso, aunque prolongado, rompe con los esquemas mentales de las fuerzas militares profesionales.

Se menciona camuflaje e indefinición del frente porque otro gran elemento que dota de identidad al conflicto asimétrico es la elección del terreno. El contendiente no estatal siempre procurará enfrentarse en lugares donde la superioridad tecnológica del contrario pueda ser anulada: zonas remotas y de difícil acceso, exceso de vegetación, áreas altamente urbanizadas, entre la población civil o mimetizándose con masas de refugiados. Aunque los ejércitos regulares, en operaciones convencionales, intentan eludir la lucha en las ciudades, en estas guerras casi nunca existe esa opción, pues las fuerzas no estatales sitúan aquí sus centros de gravedad.

El ritmo de desarrollo de la contienda es otro aspecto vital para dilucidar qué es la guerra asimétrica. Sugerente resulta la observación de Münkler, quien asegura que esa forma de lucha se basa en las distintas velocidades con las que las partes se combaten.

La asimetría de la fuerza radica en una capacidad de aceleración que supera a la del enemigo, mientras que la asimetría de la debilidad se basa en una disposición y una habilidad para disminuir el ritmo de la guerra. Por lo general, esta estrategia acarrea un aumento considerable de víctimas en el propio bando (Münkler 2005).

Münkler, contra una postura bastante extendida, mantiene cierto tono esperanzador en su análisis, pues reconoce que el ritmo de desarrollo de toda guerra, pese al caos que acarrea, está sujeto a control humano. Por otro lado, la original referencia a una “mentalidad posheroica” occidental es muy oportuna: el valor del sacrificio para nosotros ya no constituye un ideal. Pero lejos de entender esto como una atadura o debilidad impuesta por la opinión pública en el modo de guerrear, se presenta como un logro cultural. La consecuencia es preocupante porque lleva a las democracias a confiar en el desarrollo tecnológico y en los servicios de inteligencia, así como asumir sus costos.

A diferencia de las fuerzas regulares, los actores no estatales que practican la guerra se valen de un armamento bastante asequible –aunque también pueden disponer de los suministros de algunos aliados poderosos, tendientes a actuar en la sombra para evadir la responsabilidad de posibles crímenes de guerra– al tiempo que privatizan sus beneficios, pero nacionalizan los gastos. La población civil y los recursos naturales (petróleo, diamantes...) de esos países son sus presas, víctimas de sus constantes rapiñas y del miedo. La guerra privada es, por tanto, una de las grandes lacras del tercer mundo.

En el escenario de la guerra asimétrica, los indicadores tradicionales de victoria han perdido su validez porque no es la capacidad bélica lo que determina su resolución, sino el

ingenio para emplear esta. Los conflictos en el mundo han pasado de un 88,2 % de efectividad para el contendiente fuerte, en 1800, a un 48,8 % en el año 2000 (Arreguín-Toft 2005). El ratón va ganando la partida frente al gato.

¿Ya no se hacen guerras como las de antes?

La guerra carece de un carácter estático. Clausewitz, el muy citado militar prusiano, reconocía en el siglo XIX que la esencia de esta no cambiaba, aunque ofrecía dos definiciones del fenómeno: la Guerra con mayúscula, como mera continuación de la política por otros medios; y la guerra como acto de violencia, cuyo objetivo es obligar al oponente a cumplir con la voluntad propia (Clausewitz 2002, 19-27). En suma, un instrumento al servicio de un Estado, que modifica sus formas.

Si la Guerra Fría fue el conflicto simétrico por excelencia –pese a los esfuerzos por acabar con esa paridad destructiva: estrategia *offset*, guerra de las galaxias...–, el contexto estratégico posterior se define por lo contrario. Emergen infinidad de actores no estatales que menosprecian la normativa internacional. Por un lado, tenemos a un sujeto que emplea armas de alta precisión y que persigue, en teoría, reducir al mínimo los daños innecesarios. Pero por el otro, existe un elemento difuso que busca prevalecer causando un elevado número de bajas y esquivando su identificación. Por consiguiente, el quid de esta lucha está en que el combatiente inferior, por lo general, logra derrotar al enemigo por la sencilla razón de que no le permite ganar.

Mientras que entre los estudiosos anglosajones persisten las referencias genéricas a “nuevas guerras”, desde un enfoque histórico,

no parece fácil concluir que exista algo nuevo bajo el sol. Está descontada la necesidad de salvar distancias, hacer matizaciones, pero no puede obviarse esa familiaridad con varios elementos de los perfilados al definir la guerra asimétrica. Esto es, a grandes rasgos, lo que se conocía como guerra irregular –quizás la expresión/categoría analítica más inclusiva de entre las manejadas; la guerra asimétrica se puede contemplar como una modalidad de guerra irregular– o de guerrillas. En un término a la nueva usanza, claro que sí, pero con muchísimos años de historia a sus espaldas: David contra Goliath, Troya, la batalla del bosque de Teutoburgo, los mongoles y los nacientes EE. UU recurrieron a ella en diversos momentos.

Sin ánimo de ser exhaustivos, recordemos que el caudillo lusitano Viriato ya la había practicado contra las legiones romanas. La victoria del Imperio fue pírrica, y con ella se tambaleó el principio de que el más apto de los contendientes era siempre el más fuerte. La misma jugada se repetiría en muchísimas otras ocasiones (Paret 1986; Black 1997). Ho Chi Minh recurrió, por ejemplo, a la metáfora de la lucha entre un tigre y un elefante para explicar su guerra. De hecho, se argumenta que Vietnam constituye el ejemplo más emblemático de conflicto asimétrico (Metz 2007). Los estadounidenses fueron incapaces de separar al movimiento insurgente de la población en su conjunto y tampoco pudieron lidiar con el hecho de que fuera una lucha televisada. No supieron, en definitiva, adaptarse a esta modalidad de pelea.

Volvamos ahora al razonamiento original: esa guerrilla actúa contra un ejército regular, o lo que es lo mismo, contra la institución defensiva propia de un Estado nación soberano. Ambos conceptos, ejército regular y guerra

irregular, adquieren su plena significación —y nada tiene de sorprendente— en el inicio de la Contemporaneidad, con la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, el primero; y con la Guerra de Independencia española (1808-1814), el segundo. Por decirlo de un modo sencillo: es entonces cuando surge la necesidad intelectual de ponerle nombre a la institución y también al fenómeno.

Guerrilleros como El Empecinado, el cura Merino y Julián Sánchez se las ingeniaron para enloquecer y minar materialmente al portentoso ejército napoleónico. Semejante hazaña condujo a que este conflicto sirviese, a lo largo de varias décadas, como gran marco epistemológico para el análisis de la guerra irregular. No obstante, en un examen histórico honesto, conviene detallar los parámetros concretos en los que se desarrolló la Guerra de Independencia. En primer lugar, consistió en una lucha contra un invasor extranjero y, además, se desarrolló en el medio rural, en espacios abiertos que facilitaron el enmascaramiento estratégico en la naturaleza. No solo el individuo, la guerrilla, en conjunto, consiguió ser inaprensible. Por último, otro factor a valorar: no se pretendía ganar, sino coadyuvar a la victoria de los ejércitos aliados español y británico (Álvarez Junco 2007).

De manera inevitable, esta modalidad de guerra evoluciona poco a poco, y es aquí donde se originan las complicaciones: los cambios se explican por los avances tecnológicos (en los medios de visión, desarrollo de la aeronáutica, drones...). Así, del ocultamiento en la naturaleza se transitó al enmascaramiento entre la población. Surgió lo que se bautizó como guerrilla urbana. Actuaron de este modo, por ejemplo, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Colombia; también los talibanes de Afganistán.

La forma de hacer la guerra también se ha modificado por la imposición del signo de los tiempos. La lucha guerrillera ha dejado de funcionar como táctica subsidiaria de combate, para convertirse en protagonista, sobre todo, de los conflictos alimentados por ese potentísimo motor de la historia contemporánea que es la voluntad de autodeterminación de los pueblos. Abundan los casos de guerras de liberación contra ejércitos extranjeros. Lo sucedido tras la Segunda Guerra Mundial nos enseña que los “conquistadores” perdían estas conflagraciones de forma sistemática: volvamos a Vietnam y a Afganistán en la lucha antisoviética, primero, y antiestadounidense, más tarde.

La conclusión es, sin embargo, a la inversa en el periodo que precede a la Segunda Guerra Mundial, sobre todo si nos retrotraemos hasta la famosa era de los imperialismos. Es decir, los invasores sí triunfan, aunque ello no impide que asistamos al desarrollo de varios episodios calamitosos para los occidentales, sobre el terreno de batalla (*smallwars*). Fueron muy sonadas algunas debacles como la de Isandlwana (1879), en la cual los ingleses fueron derrotados por unos desarraigados zulúes. Cinco años después, en Sudán, la historia se repitió ante las tropas de El Mahdi. También los italianos experimentaron un monumental tropiezo en Adua (1896). En el caso español, no está de más recordar el ejemplo de Annual (1921). Ni siquiera volvemos a saltar de continente y retrocedemos un poco en el tiempo: el famoso general Custer se libró de sufrir un fuerte revés ante los indios del sioux Caballo Loco en *Little Big Horn* (1876). De manera excepcional, diminutas partidas de europeos se atrevieron, al abandonar sus prácticas convencionales, a sacar provecho del factor sorpresa para someter a unos ejércitos irregulares capaces de lle-

varles a la extenuación. Fue el caso del militar portugués Mouzinho de Albuquerque en la emboscada de Chaimite (Mozambique 1895).

Después de la Segunda Guerra Mundial, encontramos a la guerrilla desempeñando un rol protagonista contra la opresión de autoridades nacionales consideradas injustas. Estas guerras fueron perdidas, en su mayoría, por los correspondientes ejércitos de liberación, aunque cabe mencionar las excepciones de China en 1949, Cuba, 10 años después y Nicaragua, en 1979 (Zedong 1976; Guevara 2003).

La lucha de guerrillas ha evolucionado, por supuesto, desde la perspectiva táctica. Siempre requiere muchísimo esfuerzo inventar nuevas argucias, así como diseñar estrategias para aplastar al contrincante. La innovación en materia bélica es crucial para decidir la suerte de los combatientes. Ahora bien, con certeza, el elemento con mayor trascendencia histórica en este sentido y también el más espantoso es la incorporación a la lucha de acciones terroristas con carácter indiscriminado. Algo que, dicho sea de paso, ya practicaron algunas corrientes anarquistas a caballo entre los siglos XIX y XX. Asimismo, la Primera Guerra Mundial tuvo como detonante un atentado, en esta ocasión, selectivo (Sarajevo).

Hemos llegado, en efecto, a la estación final del trayecto. En la actualidad, varios ejércitos regulares han de hacer frente a una rebeldía amiga del terrorismo. Es a este enfrentamiento al que Occidente denomina como guerra asimétrica. La guerra asimétrica por tanto es –en su acepción evidentemente menos laxa– una guerra de contrainsurgencia. Cuando algún Estado o coalición decide respaldar al bando gubernamental de un país en proceso de descomposición y ocuparlo como potencia interviniente, suele ser sometido a

ataques terroristas de la guerrilla. Se inicia así una segunda fase de una guerra convencional civil/intraestatal internacionalizada (Vega Fernández 2014, 63). El escenario de la batalla se transforma en algo tan ambiguo que, con mucho, los guerrilleros efectúan ataques terroristas puntuales contra EE. UU., Francia, Mali, etc., pero no pasan de constituir golpes de mano en la retaguardia enemiga, nunca maniobras estratégicas.

En las democracias occidentales existe una notable reticencia al empleo de muchos soldados en campaña, pero no ocurre lo mismo en el bando contrario (Liang y Xiaohui 2000). Hay un gran número de personas dispuestas a convertirse en combatientes sin paga y dispuestas a morir ya sea por una causa política, por una religión o por la defensa de su etnia. Por la vía militar jamás conseguirán sus fines –por cierto, la abrumadora superioridad tecnológica norteamericana enlaza con otra invención intelectual de moda: la Revolución en los Asuntos Militares (Colom Piella 2008)–. Así, para ellos la guerra es una cuestión de voluntad y se aprovechan de que la derrota psicológica es muchísimo más dañina y persistente que un infortunio en el campo de batalla (sirva como ejemplo el desencanto noventayochista en España). En otras palabras, hacen de la manipulación de la opinión pública un instrumento estratégico de la guerra.

El desgaste que, además, unas hostilidades tan dilatadas en el tiempo ejercen sobre las masas posee una enorme capacidad de influjo en la relación sociedad civil-autoridades. Figura, de hecho, en la génesis de comportamientos relacionados con la legitimación pública de los gobernantes en situaciones de extrema tensión: los fenómenos *rally round the flag* y *rally out the flag* (Groeling y Baum 2008; Baum y Potter 2008).

Conviene enfatizar que, entre los detractores del presunto carácter novedoso de la guerra asimétrica, es lugar común subrayar cierto ensimismamiento estadounidense y desviaciones etnocéntricas (Fatjó y Colom Piella 2008). Sus teóricos se muestran incapaces de ofrecer referencias a la guerra de guerrillas, más allá de Vietnam. Constituye una aberración esa sorpresa ante el protagonismo actual de actores no estatales en los conflictos, pues se pueden mencionar casos que van desde la lucha de las tribus galas contra César hasta las actuaciones del FLN argelino. Sin duda, esta falta de perspectiva histórica es censurable. A lo largo de la historia abundan las ocasiones en que la superioridad organizativa, logística y operacional sirve de poco ante fallos reiterados, por ejemplo, la ausencia de un objetivo estratégico claro o la falta de continuidad en la acción política y militar, el desconocimiento del terreno, la ignorancia de la cultura del adversario o la carencia de apoyo entre la sociedad civil.

Las masacres de civiles, del mismo modo, se han registrado desde las guerras del Peloponeso hasta las de la independencia de América, pasando por las Cruzadas. No obstante, debemos reconocer que la tendencia actual y notoria es que se agudizan. La privatización de la guerra, otro espinoso punto de debate, tampoco se presenta como un aspecto ignorado hasta ahora. Así actuaron ya los célebres condotieros italianos y Roger de Flor, con los almogávares, en el siglo XIII. Idéntica aseveración resulta válida, unos cuantos siglos más tarde, para entender el comportamiento de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales y la actuación de los señores de la guerra, en China, en pleno siglo XX.

Estos críticos recalcan, asimismo, que es un equívoco plantear la existencia de prácticas irregulares como una simple alternativa a

la batalla convencional. En su lugar, prefieren entender la guerra como un *continuum*, en el que las operaciones resultan distinguibles a efectos analíticos, pero conforman un proceso único. Por otro lado, el que la ciudad aparezca como marco recurrente de la acción bélica asimétrica –pensemos en Sarajevo, Alepo o Grozny– poco tiene de excepcional, a sabiendas de que durante la pasada centuria se registró un espectacular proceso de crecimiento urbano. En cualquier caso, se puede argüir que fueron cuantiosas las guerras de asedio durante el Medievo e, incluso, en una guerra de movimientos, como lo fue la Segunda Guerra Mundial, no faltaron cercos (Stalingrado nos viene a la mente).

La guerra de información ha existido siempre. La Leyenda Negra flaco favor le hizo a la política exterior de Felipe II; del mismo modo que el empleo masivo de la propaganda resultó paradigmático durante la Primera Guerra Mundial. Es verdad que los instrumentos de espionaje son ahora muchísimo más sofisticados. Debemos reconocer la fuerza impactante de la televisión. Pensemos en la Intifada, en cómo niños lanzando piedras contra soldados muy bien pertrechados son instrumentalizados para exhibir la desigualdad en las condiciones de esa lucha, y en el reciente ejemplo de Omran, el niño sirio rescatado tras un bombardeo ¿ruso o de Bashar al Asad? También, el poder divulgativo de internet; todas, herramientas de manipulación de la opinión pública.

Otra expresión a añadir al listado ya profuso, para definir este tipo de conflictos es la guerra de baja intensidad. Tan extraordinariamente baja –síntoma inequívoco de quién lleva la batuta– que no falta quien rechaza, con cierta lógica, que nos hallemos ante una guerra.

Hacia la búsqueda de una solución

En este punto cabe preguntarse si es justificable, en la actualidad, el temor ante una hipotética guerra de alta intensidad. Los defensores de la Revolución en los Asuntos Militares no parecen compartirlo y preconizan un nuevo tipo de pelea, una modalidad con tecnología puntera que procura minimizar los eufemísticos daños colaterales. Más logística, más personal de apoyo. Pero, sobre todo, más distancia, drones que no falten, aunque menos combatientes. Y, rizando el rizo, más retórica sobre imprescindibles “operaciones quirúrgicas”, “armas inteligentes”, “conflictos humanitarios”... Se promete una guerra que ni parece guerra. No hay sacrificio, destrucción ni muertes en el bando propio; solo las mínimas de civiles en el contrario. Pero tampoco nadie dudará ya de su absoluta necesidad. Todo muy aséptico ante los ojos de Occidente.

Desde luego, cuando hay víctimas, se procura ocultarlas. La colaboración de los medios de comunicación masiva en este punto es crucial. Quien posee su control ejerce un considerable monopolio para fijar la realidad susceptible de convertirse en objeto de la opinión pública. A esto se le conoce como la función *agenda setting* de los medios. Nada fácil de ejecutar, por fortuna para la ciudadanía. Sobre episodios oscurísimos de la lucha contra el terrorismo, como el de las torturas en Abu Ghraib, también se intenta arrojar un manto de silencio, aunque con enormes dificultades.

El ratón de esta historia –llámese ISIS, Partido de los Trabajadores de Kurdistan (PKK), etc.– se toma, no obstante, muy en serio la tarea de desquiciar al gato, al extremo de que hoy día la faceta más novedosa del controvertido conflicto asimétrico es ese carácter de espectáculo desenfrenado y terriblemente dra-

mático. No lo es la disparidad estratégica, de recursos u operacional, Tampoco la asimetría, lo que implica el fin de las guerras convencionales. Para ello, los insurgentes juegan con la velocidad, la intensidad y logran convertirse en un desafío extremo para los sistemas nacionales de seguridad y defensa. El tiempo, por tanto, se emplea como formidable arma estratégica.

Desde la perspectiva histórica, una vez más, esto no resulta desconocido. Un aparato militar bien equipado y con suficiente organización tiende a acelerar el curso de la guerra, sabiendo que es el mejor medio para hacer valer su superioridad. Ejemplos de ello son la caballería de Murat, que perseguía y destruía rápidamente al enemigo vencido; los carros de combate de Guderian, que, con pequeñas explosiones, abrían brechas profundas en el frente contrario, así como los cazabombarderos y los misiles de crucero de Schwarzkopf durante la Guerra del Golfo, que paralizaron las estructuras de mando y de aprovisionamiento iraquíes.

Ahora, en cambio, la lentitud es la consigna. Son pocos quienes se atreven a formular medidas para acabar con la proliferación de guerras asimétricas. Aunque alguna receta sí existe (Cabrerizo Calatrava 2002): se incide en la necesidad de que EE. UU. y Europa muestren precisión y claridad a la hora de definir las metas. Con certeza, la historia enseña que, en este tipo de enfrentamientos en particular, replantearse constantemente los objetivos acaba siendo nefasto. Se sabe que los estadounidenses cambiaron sus planes en Vietnam en infinitas ocasiones. Otro ejemplo es el de los atentados de Madrid en 2004. ¿Qué solución, desde un enfoque internacional, responder a ellos con la retirada de tropas de Irak? Si bien constituyó un error sostener aquella

guerra, fue un equívoco mayor retirarse a mitad de la partida. Eso envalentonó a Al Qaeda, al tiempo que causó un profundo daño en las relaciones hispano-estadounidenses.

Recordemos que jamás se debe subestimar al enemigo. El desprecio hacia “chinitos” o “moros”, cuando más, sirve para enturbiar el juicio (así le ocurrió al afamado general Silvestre ante el caudillo rifeño Abdel-Krim), lo que puede traducirse en una deficiente preparación de la operación y una incompetente ejecución. Se debe (aquí va otra regla de oro) actuar con el soporte moral de la opinión pública (determinar el cómo, ya se habrá deducido, exige mucha menos pulcritud). Los medios de comunicación deben contemplarse como agentes de primer orden, desde el punto de vista estratégico. De otro modo, resulta inviable un esfuerzo militar sostenido en el tiempo. De la misma forma, es primordial separar a los grupos beligerantes de sus fuentes de apoyo autóctonas, así como aislarlos electrónicamente, económica y físicamente. En este proceso de asfixia, por supuesto, los servicios de inteligencia tienen que asumir un rol clave.

Es crucial también prever y saber controlar las reacciones del enemigo. Por ejemplo, fue desmesurada la respuesta serbia contra los kosovares. El revanchismo loco y las respuestas precipitadas no logran un efecto disuasorio; la historia demuestra que estimulan, a corto y mediano plazo, más acciones beligerantes.

Para el soldado profesional, las sugerencias expuestas acarrearán cambios (Rodríguez Alfaro 2009). No es fácil actualizar conceptos y encontrar principios a seguir para alcanzar la victoria en la lucha asimétrica. A las tropas se les exige que eviten la destrucción sistemática de las fuerzas adversarias, que ha-

gan todo lo preciso para esquivar represalias que conlleven la pérdida de su ventaja numérica o tecnológica, en favor del medio físico, y para reducir la influencia de los medios de comunicación. El soldado regular debe también intentar neutralizar los posibles centros de gravedad del adversario, pero maximizando siempre la protección propia. Lo enunciado se sintetiza en tres categorías (la llamada *three-block war*): acciones para controlar la zona, dotándola de seguridad; acciones sobre la información, siempre contrarrestando la propaganda subversiva y acciones sobre la población civil, colaborando en la reorganización de la vida política, económica y cultural del país.

Sin una decidida aceptación, lamentablemente, esta apuesta por las políticas de reconstrucción y captación de voluntades choca con el peligroso posicionamiento de algunos analistas, más centrados en aplicar castigos que en prevenir la insurgencia.

Utilizan nuestros derechos democráticos no solo para penetrar [en el sistema] sino también para defenderse. Si los tratamos dentro de nuestras leyes, ganan mucha protección; si simplemente los derribamos, las noticias de la televisión pueden hacer que parezcan víctimas (Lind 1989, 25-26).⁴

A tenor de estos comentarios, diríamos que, de manera soslayada, Guantánamo se presenta como un remedio. Pero se avanza así, creemos, hacia la deslegitimización de la democracia. Ello, porque ni es válido el sistema penitenciario occidental ni aceptable la pena de muerte (nuevos mártires).

⁴ Se ofrece a continuación la cita original de Lind: “They use our democratic rights not only to penetrate but also to defend themselves. If we treat them within our laws, they gain many protections; if we simply shoot them down, the television news can easily make them appear to be the victims”.

Conclusiones

La guerra, como fenómeno histórico, posee un profundo carácter camaleónico. Una larga nómina de autores ha explorado su naturaleza. Aturde, en algunas ocasiones, el grado de abstracción de ciertas publicaciones. La guerra asimétrica, como se deduce de lo expuesto, constituye un conflicto violento, en el que existe una considerable diferencia, cuantitativa y cualitativa, de potencia militar, tecnológica, diplomática y/o mediática. Ello fuerza a los contendientes a recurrir a prácticas atípicas, que no nuevas, tales como la guerrilla, la contrainsurgencia, el terrorismo, la guerra sucia, etc. En otras palabras, aquí resulta útil todo aquello que permita explotar vulnerabilidades ajenas y ventajas propias.

El concepto fue acuñado por William Lind, en 1986 y, desde entonces, ha hecho correr ríos de tinta. Su llamada a la reflexión, en el contexto de la conocida Revolución de los Asuntos Militares es, sin duda, algo que la comunidad historiográfica debe agradecer. Sin embargo, la falta de acuerdo entre los estudiosos es notoria. La guerra asimétrica ha sido contemplada con escepticismo por buena parte de ellos: se ha subrayado que es un término engorroso, poco operativo y que supone renombrar algo presente desde la Antigüedad.

Desde una óptica más actual, que no queremos obviar porque justifica en buena medida la vigencia del tema, llama poderosamente la atención que el mayor poder militar de la historia, el de EE. UU., con los mayores recursos y la mejor tecnología del planeta, se vea a sí mismo como la parte más débil de la ecuación.

Si sus fuerzas armadas están conformadas por una cultura militar de rápida maniobra para una victoria decisiva, si intentan

explotar la potencia de fuego como el palo largo más amistoso, y si hacen una distinción clara entre el reino político y el militar, COIN será la fuente de frustración sin fin (Gray 2007, 49).⁵

Entre las élites gobernantes de Norteamérica está bien implantada la idea de que asistimos a un “choque de civilizaciones” (Taibo Arias 2015, 562). El éxito propagandístico de tan grandilocuente locución reside en que a todos nos resulta muy familiar. La cristiandad, se afirma, tiene ante sí a su más feroz oponente: el islam. Esa asimetría de la fe o del nivel de compromiso nos aterroriza (aunque con los europeos, pensando en términos históricos, ya lo hacía en tiempos de Barbarroja). Nos domestica para que así entendamos con facilidad la justicia de la guerra.

Ahora bien, debemos preguntarnos ¿cómo es posible combatir a quien está dispuesto a inmolarse en defensa de su causa? Nos convencemos —o nos engañamos a nosotros mismos—, en semejante tesitura, de que los actores no estatales no tienen nada que perder (sus vidas, desde luego). Si bien todos los estudiosos lo mencionan, quizás no han hecho suficiente hincapié en dos peculiaridades de la lucha asimétrica, en la que los contendientes irregulares disponen de condiciones ventajosas que se esmeran en explotar: la iniciativa en la elección del terreno de batalla y la iniciativa a la hora de imprimir cierto ritmo al conflicto. Aquí sí tienen algo que perder, desde la perspectiva estratégica. No solo eso: sobre todo, luchan por no perder su identidad cultural, que consideran muy amenazada.

5 Se ofrece a continuación la cita original de Gray: “If your armed forces are shaped by and wedded to a military culture of rapid maneuver for decisive victory, if they seek to exploit firepower as the longest of friendly long suits, and if they draw a sharp distinction between the political and the military realms, COIN will be the source of endless frustration”.

Existe, y volvemos al punto inicial, otra gran asimetría que debería jugar a nuestro favor, la tecnológica. Está basada en la noción de que se debe explotar al máximo la tecnología, de modo que un ejército nunca se preste a efectuar una guerra por debajo de su nivel de desarrollo. Dogma al que nos referimos páginas atrás; dogma de Occidente. La asimetría de la fuerza, diría Münkler. Pero, recordémoslo, esa enorme disparidad es precisamente la que incita a los adversarios de Occidente a escudarse en la acción asimétrica (y espectacular, si es posible. Aquí sí se percibe cierta tendencia novedosa).

¿Cuánto más decididamente actúa Occidente, más desacelera la guerra y más terror ocasiona el enemigo? ¿Significa esto que, sin ese desequilibrio en los medios de combate, tampoco existirían, o al menos serían menos numerosos, los conflictos asimétricos del mundo actual? Ignoramos la respuesta a esta inquietante pregunta, pero sí sabemos que la RMA (*Revolution in Military Affairs*) constituye una muy lucrativa industria. No sorprendería, por tanto, que el enemigo fuerte en teoría se decantase también por las prácticas asimétricas. Zarpazo va, zarpazo viene y todo ello con pausas, que el ruido no sea continuo para disimular lo que parece una obviedad: que la guerra asimétrica y la guerra sin víctimas se excluyen mutuamente.

Bibliografía

- Álvarez Junco, José. 2007. "El nacionalismo español como mito movilizador: cuatro guerras". En *Cultura y movilización en la España Contemporánea*, coordinado por Manuel Pérez Ledesma y Rafael Cruz Martínez, 35-67. Madrid: Alianza.
- Arauz Cantón, José Bernardino. 2013. "Guerra asimétrica y proporcionalidad. Retos para el Derecho Internacional Humanitario". Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Arreguín-Toft, Iván. 2005. *How the weak wins wars. A theory of asymmetric conflict*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Baum, Matthew, y Philip Potter. 2008. "The relationships between mass media, public opinion, and foreign policy: toward a theoretical synthesis". *Annual Review of Political Science* 11: 39-65.
- Black, Jeremy. 1998. *War and the world. Military power and the fate of continents*. New Haven/ Londres: Yale University Press.
- Bunker, Robert. 1996. "Generations, waves and epochs". *AirpowerJournal* 10 (1): 18-28.
- Cabrerizo Calatrava, Antonio. 2002. "El conflicto asimétrico". Ponencia presentada en el *Congreso Nacional de Estudios de Seguridad*, Universidad de Granada, julio.
- Clausewitz, Carl Von. 2002. "De la guerra", <http://lahaine.org/amauta/b2img/Clausewitz%20Karl%20von%20De%20la%20guerra.pdf>
- Colom Piella, Guillem. 2008. *Entre Ares y Atenea. El debate sobre la Revolución en los Asuntos Militares*. Madrid: IUGM.
- Colom Piella, Guillem. 2014. "¿El auge de los conflictos híbridos?". *Boletín electrónico del Instituto Español de Estudios Estratégicos*. http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEO1202014_GuerrasHibridas_Guillem_Colom.pdf
- Fatjó, Pedro, y Guillem Colom Piella. 2008. "La guerra asimétrica. Olvidando la Historia". En *Los desafíos de las Fuerzas Armadas en el siglo XXI*, coordinado por Carlos Cueto Nogueras, 65-73. Granada: Comares.

- Gray, Colin S. 2007. "Irregular warfare. One nature, many characters". *Strategic Studies Quarterly* 1 (2) 35-57.
- Groeling, Tim, y Matthew BAUM. 2008. "Crossing the Water's Edge: Elite rhetoric, media coverage, and rally-round-the-flag phenomenon". *The Journal of Politics* 70 (4): 1065-1085.
- Guevara, Ernesto. 2003. "La guerra de guerrillas", <http://www.itvalledelguadiana.edu.mx/librosdigitales/Ernesto%20Guevara%20La%20Guerra%20de%20Guerrillas.pdf>
- Imlay, Talbot. 2010. "Total war". *The Journal of Strategic Studies* 30 (3): 547-570.
- Irani, George. 2007. "Irregular warfare and Non-State combatants: Israel and Hezbollah", <http://www.comw.org/rmal/fulltext/0710irani.pdf>
- Jensen, Owen E. 1994. "Information warfare: Principles of Third-wave war". *Airpower Journal* 8 (4): 35-44.
- Kühne, Thomas y Benjamin Ziemann. 2007. "La renovación de la Historia Militar: coyunturas, interpretaciones, conceptos". *Semata. Ciencias Sociales y Humanidades* 19: 307-347.
- Liang, Qiao, y Wang Xianghui. 2000. *La guerra más allá de las reglas. Evaluación de la guerra y de los métodos de guerra en la era de la globalización*. Weinheim: Small.
- Lind, William, Keith Nightengale, John Schmitt, Joseph Sutton y Gary Wilson. 1989. "The changing face of war: into the fourth generation". *Marine Corps Gazette* 73: 22-26.
- Macías Fernández, Daniel. 2014. "Estudio introductorio. La asimetría en clave bélica". En *David contra Goliath: Guerra y asimetría en la Edad Contemporánea*, editado por Daniel Macías Fernández y Fernando Puell de la Villa, 7-18. Madrid: IUGM.
- Mello, Patrick A. 2010. "In search of new wars. The debate about a transformation of war". *European Journal of International Relations* 20 (10): 1-13.
- Metz, Steven. 2007. "New challenges and old concepts. Understanding 21st century insurgency". *Parameters* 37 (4): 20-32.
- Mulligan, William. 2008. "Total war". *War in History* 15 (2): 211-221.
- Münkler, Herfried. 2005. *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. Madrid: Siglo XXI.
- Paret, Peter. 1991. *Creadores de la Estrategia Moderna. Desde Maquiavelo a la era nuclear*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Rodríguez Alfaro, José Antonio. 2009. "Las Fuerzas Armadas en los conflictos asimétricos y las operaciones de estabilización". En *Dos décadas de postguerra fría*, editado por Fernando L. Américo Cuervo-Arango y Julio Peñaranda, 19-36. Madrid: IUGM.
- Rodríguez-Villasante y José Luis Prieto. 1995. "Aplicación del derecho internacional humanitario en el conflicto de Bosnia-Herzegovina". *Revista Española de Derecho Militar* 65: 307-344.
- Taibo Arias, Carlos. 2015. "Problemas actuales de las relaciones internacionales". En *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*, coordinado por Juan Carlos Pereira, 551-564. Madrid: Akal.
- Vega Fernández, Enrique. 2014. "Asimetría, disimetría e internacionalización de las guerras en el mundo actual". En *David contra Goliath: guerra y asimetría en la edad contemporánea*, editado por Daniel Macías Fernández y Fernando Puell de la Villa, 55-68. Madrid: IUGM.
- Verstrynge, Jorge, y Gema Sánchez Medero. 2005. "Frente al imperio (guerra asimétrica y guerra total)". En *Geopolítica, guerras*

- y resistencias*, editado por Jaime Pastor Verdú, 189-212. Madrid: Trama.
- Viñas, Ángel, y Fernando Puell de la Villa. 2014. *La historia militar hoy. Investigaciones y tendencias*. Madrid: IUGM.
- Viñas, Ángel. 2016. "El rostro cambiante de la guerra". En *Guerra y tecnología. Interacción desde la antigüedad al presente*, editado por María Gajate y Laura González, 35-54. Madrid: Ramón Areces.
- Zedong, Mao. 1976. *Obras escogidas de Mao Zedong. Sobre la guerra prolongada*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.